en jarras se acercó majestuosamente á la puerta, anhelando lanzar terrible reprimenda á aquella señorita que gustaba de salirse de casa á horas desusadas. Mas no tuvo tiempo de hacerlo, porque en el cuadro de luz que proyectaba sobre la azotea la lamparilla, distinguió la silueta de Eugenio Linares, que era arrastrado casi por la chiquilla.

—Entra, hombre de mis pecados, entra, que bastante hemos charlado...

Cesó de hablar, viendo á la criada en acecho. Sin quererlo, experimentó que el rubor invadía sus mejillas.

—¿Es usté, niño Eugenio?

Linares, sin disimular cierto fastidio, respondió afirmativamente, y en seguida entróse en el comedor, seguido de Magdalena, que ya sonreía con aquella sonrisita maliciosa que tan bien sentaba á su cara morena y rebosante de frescura.

—¡Eugenio! ¿Pero has venido? No te esperaba ya.

—Tienes razón. Cené junto con Arsenio y Conti, y hace media hora que salí del restaurant.

Y estrechaba la manecita láctea que la moza le tendía.

Era aún el mancebo tímido de otro tiempo; sólo que ahora, gracias á los dineros ganados en la notaría, y al trato frecuente con chicos de vida alegre, había adquirido cierta graciosa soltura, cierta picardía de buen tono en sus modales. Dejó el fieltro sobre una de las sillas, y tomó asiento cerca de la mesa, sobre la cual veíanse esparramados los restos de la frugal cena.

Desde la noche en que Lena le introdujo en casa de su novia, había asistido diariamente á la vivienda de los Fernández, en donde tan bien se hermanaban el amor de Antoñita y las travesuras de la chiquilla, que no le perdonaba que dejase de concurrir un sólo día. Doña Pepa, por su parte, recibíale con afabilidad, como buena mujer que sabía dónde estaba el porvenir de sus retoños, y que no temía un casamiento próximo de la que era su sostén, á causa de la penuria secular del caballerete, que comía allí varias veces al mes, y hasta logró vencer la natural severidad, con el fin de irse de

paseo con las niñas. Su confianza era tal, y tal la llaneza que reinaba en aquel hogar, que no vacilaba nunca en llamar á la puerta á cualquier hora.

Tendido en la silla, con tranquilidad patriarcal, fumaba, contemplando á través del humo á su novia, que sonreía con los ojos todavía enrojecidos, y á Lena, que no cesaba de mirarle traicioneramente.

—¡Hombre! No lo había notado. ¡Si estrenaste traje! —exclamó la chiquilla, palmoteando.

—¡Oh! un *flux* que no vale la pena.

Y poseído de una vanidad infantil, se puso en pie, ofreciéndose á la contemplación de las dos muchachas.

¡Qué lejos estaba de ser el Eugenio Linares de antes! Ya no paseaba por las calles con su raído traje de estudiante tronado, con la deshilada corbata azul y los zapatos rotos. Ahora, erguido, vestía correctamente de negro; sus lazos de corbata eran famosos en la vecindad; sus botas relucían. Y todo él aparecía simpático, con su moreno rostro, sus expresivos ojos obscuros y sus labios gruesos, sensuales, sombreados por presuntuoso bigotillo. El provinciano despertaba al fin con el afán de la elegancia.

—Sí, ya veo; estás bien, muy bien—dijo Antoñita á media voz—. Hasta guapo...

Lena rió estrepitosamente. La escena acaecida momentos antes habíase borrado ya en su cabecita casquivana de pájaro. Rió, apretándose el exuberante pecho, observando el aire de visible satisfacción con que Eugenio recibió el piropo.

—Lena, tú estás loca. Nada tiene de particular que yo parezca guapo.

—No, nada tiene, ya lo sé. Lo que me asombra es que lo parezcas con cincuenta duros de sueldo.

Linares se ruborizó. No era aquella la primera alusión á su desmedrada hacienda. La chiquilla le hería en cuantas ocasiones presentaba blanco. Los cincuenta pesos constituían su obsesión, su tortura. ¡Un novio con cincuenta pesos! ¡Oh, qué horror! ¡Cincuenta necesidades! Bonito porvenir el de la incauta que en sus manos cayera; ya tendría para divertirse lindamente. Y todo

lo decía con su sonrisa de muchacha amable, que apreciaba á los *poquita cosa*, que le parecían graciosos á pesar de todo; pero á quienes, en tratándose de amoríos, no perdonaba burla ó chacota, por más incisivas que fuesen.

—Pero Antoñita contenta está, y eso es lo importante. ¿No es verdad?

La moza le miró. ¡No había de estarlo! Le quería á él, no á su sueldo. Hubo de amarle allá en sus desdichados tiempos de bohemia, cuando recorría oficinas y almacenes con cara de hastío y de cansancio. ¿Cómo desdeñarle ahora? ¿Era eso humano, posible?

Eugenio Linares experimentó una emoción suave, muy blanda. Las palabras de su novia, dichas con tanta sencillez, reveladoras de un oculto tesoro de ternura, hicieron vibrar sus nervios, tan propicios á la transmisión de los sensualismos intensos como de los placeres del más simple idealismo. Mas pronto aquella sensación fué sustituida por otra. Lena, echándose de bruces sobre la mesa, y fingiendo cómica seriedad, se puso á examinarle con detenimiento.

—Hombre, que no puedo comprender que á un pobretón como tú se le quiera demasiado. Veamos: tus ojos son incoloros: ni azules, ni verdes, ni negros... ¡Incoloros, aunque hagas esos gestos de incredulidad!... Tu boca...

Inclinada, con la risa retozándole en el rostro, le escudriñaba. Eugenia la veía, muy robusta, con la línea de los pechos pronunciada; el moreno cuello más corto que largo, poblado de sutil vello; la nariz remangada, nariz ávida de placer, de olores fuertes; gruesos los labios de rojo tinte, como si les consumiera el anhelo de un beso largo, callado. Y el joven experimentaba un goce exquisito, inexplicable, al tenerla así, tan cerca, acariciándola con el aliento. Y sin darse cuenta, sentía que una voluptuosidad invencible se apoderaba de él, aprisionándole, haciéndole ver en la mocetona de naricilla encantadora á la mujer incitante, deseable, y no á la futura hermana.

—¿Y tus cabellos? ¿Qué me dices de tus cabellos? Apuesto á que Antoñita no te ha pedido un mechoncito.

—Déjale, mujer, que vas á fastidiarle.

—¡Fastidiarle! Tú no le conoces. Si le gusta mucho...

—Ni tanto. Eres una *sœur* más guapa, más seductora, más...

—Oye, ¿pero qué es eso de *sœur*?

—Una palabra francesa.

—¡Oiga! ¿Aprendes el francés?

—No lo aprendo, lo pesco. Ahora fué un *monsieur* á la notaría con el fin de arreglar un testamento.

Una carcajada de Lena estalló. Le hacía gracia que un empleado hablara una miaja de lengua tan rara y tan *chic*. Linares, hecho unas pascuas con el efecto de sus frases, pretendió cogerla por los brazos: mas la chica retrocedió á tiempo, exclamando con voz entrecortada por la risa:

—Pues yo te lo digo en castellano puro: eres más feo que un disgusto después del desayuno.

—Y tú, preciosa.

—¡Horrendo!

—¡Encantadora!

Y ambos, á manera de bebés, correteaban en torno de la mesa, riendo locamente. Eugenio perseguía á Lena; ella le esquivaba con felina ligereza. Caían las sillas; temblaba la pobre vajilla en el aparador; la leche que llenaba una copa hasta los bordes, se derramaba, deslizándose en delgado hilillo de fulgores opalinos. El gato, que dormitaba en un rincón, huyó asustado, gruñendo sordamente. Y el comedorcito trepidaba, sin que por ello los mozos cesaran de corretear, agitados, sudorosos. Antoñita se había puesto en pie, procurando calmarlos; mas convencida de la inutilidad del esfuerzo, rió también.

De súbito, dominando la baraúnda, oyóse un grito ronco, áspero. Estéfana, desde el umbral de la cocina, les miraba con irritación.

—Niña Magdalena, ¿es que usted se ha vuelto loca?

Pero la interpelada no pudo responder. Observó que Linares estaba á un paso, dispuesto á alcanzarla, y tornó

á huir. Una silla caída interrumpió el paso; brincó, y á la luz tenue de la vela, Eugenio pudo ver, como una visión rápida, las piernas regordetas, bien modeladas de ella, cubiertas por negra media.

No avanzó ya; quedóse extático, alelado.

Estéfana repetía rabiosa:

—Es una tontería. Debería portarse usté de modo más decente.

—Déjame, Estéfana. Como tú no eres muchacha...

Iba á proseguir la reyerta, cuando Linares, serenado ya, se interpuso.

—Vaya, mi querida Estéfana, para dulces—dijo sacando del bolsillo una peseta reluciente.

La maritornes titubeó en aceptarla. Su honradez acrisolada se lo prohibía. Pero vino á su recuerdo el escondite aquel de que tanto se hablaba en la vecindad; el tesoro amasado en años de trabajo rudo, de faenas bestiales, y tendió la mano. El señorito Eugenio era muy bueno; ella le agradecía semejante prueba de amistad.

—Bien, felices noches, Estéfana.

Y la vieja giró sobre sus talones, cerrando la puerta.

Tornaron á ocupar sus asientos. Lena y Eugenio, con la faz roja, todavía reían. Antoñita sonreía, silenciosa.

Al fin dijo:

—Creo escuchar á mamá. ¿No se habrá despertado?

Lena replicó, riendo como antes. ¡Qué había de despertarse! Dormía á pierna suelta la pobre. Y era verdad. La viuda de Fernández nunca estaba presente durante las entrevistas de los novios. Con discreción suma escurríase camino de su recámara, echándose al cabo, con el magín perturbado por los preparativos religiosos del día siguiente. Linares gozaba de absoluta libertad, y en el comedor se hubiese amanecido, si la novia, con su previsión de ama de casa, no le despidiera. Noche á noche charlaban allí, en el cuarto refrescado por los aires de fuera, y en cuyo ambiente percibíase un suave olorcillo á heliotropo, el perfume predilecto de la chiquilla. El palique duraba de diez á doce, sin que alguno de los tres diera muestras de fastidio. Eugenio bromeaba; Lena reía, y la amada, con un delicioso equilibrio de mujer fuerte, no abandonaba nunca su natural apacible y callado, aquella actitud de resignada tristeza que la hacía más seductora. A veces, el galán llevaba los bolsillos repletos de bombones comprados de paso en alguna dulcería de Plateros. Era de ver entonces la alegría de Lena. Saltaba en torno de él como niña traviesa, le registraba para convencerse de que no traía más, y le hubiera besado de buena gana, á no oponerse á ello los respetos sociales y la presencia de la hermanita mayor. Tales demostraciones, naturalmente, agradaban sobremanera al chico. Un cucurucho azul, rebosante de confituras, estaba pagado de sobra con los chistes de Lena y la mirada de Antoñita. Sentía que su cariño por ambas jóvenes crecía, bien que á ésta la quisiera con adoración y por la otra experimentase una atracción que él no se habría atrevido á llamar fraternal, puesto que yacía confusa, nunca analizada, allá en lo recóndito de su alma, en la cual no osó penetrar jamás, ya por su escasa afición á esas profundidades, ó acaso porque su curiosidad, dormida para observar á los demás, lo estaba con mayor razón para escudriñarse á sí propio.

Ocasión hubo en que echara la casa por la ventana. El día del cumpleaños de Antoñita, fiesta no celebrada en los anales de la familia, entró en el comedor como tromba, cargado de paquetes, que deshizo sobre la mesa, escuchando con embeleso los gritos de júbilo de la pequeña y las frases de agradecimiento de su novia. Allí había de todo: jamón, pasteles de crema, pastas exóticas, frutas secas, y hasta una botella de excelente Chambertin, vinillo que le había enamorado de días atrás, desde que lo probó en una comida dada por Urízar el día en que recibiera la mensualidad. Se improvisó alegre banquete. Lena opinó que no se despertase á doña Pepa y á Alberto, que había llegado en triste condición momentos antes. Y para colmo de alegrías, Antoñita tuvo un capricho, uno de los raros caprichos de su vida burguesa: que cenaran en la azotea, junto á los rosales y bajo la luz alba de la luna.

Aun tenían vivo recuerdo de la cena. Aquella noche misma, Lena, al ver que Linares alineaba sobre el mantel las migas esparcidas, formando extrañas figuras, acordóse del cumpleaños.

—Oye, Eugenio, ¿y cuándo repetimos el banquete? Era tan bueno el Chambertin...

Antoñita se animó, saliendo de su mutismo.

—¡Qué preciosa noche! Estábamos tan contentos...

Y los tres hacían reminiscencias, se contaban impresiones, cuando dieron las doce. La costurera se puso en pie, y su hermana murmuró:

—¿Ya, tan pronto? ¡Qué lástima! No tengo sueño.

—Es hora, Lena; ve á tu cama.

—¡Ah, sí, me voy; ha llegado el momento de los secretos!

Y mientras ella corría á su cuarto, los enamorados salían del comedor. Era aquel el único instante en que permanecían solos, en que se entregaban al placer de amarse rodeados de la soledad. Y el corto trayecto que mediaba entre la puerta y la escalera, lo recorrían paso á paso, deteniéndose, pretendiendo engañarse uno al otro. Brillante polvo de luz iluminaba los muros ennegrecidos por la humanidad; las macetas en donde las rosas florecían en el ambiente tibio de Junio; la entrada de la escalera, el negro agujero en donde languidecía la llama casi extinguida del farolillo, que dibujaba en el suelo fantásticas manchas de tinte pálido. Ni un rumor, ni un murmullo. Sólo se oía, allá abajo, el gotear de la fuente y la melodía extraña, incomprensible, del aire que chocaba contra las paredes, colándose por entre las grietas del caserón. Y todo lo cubría un cielo de azul claro, un cielo límpido del cual se destacaban, como perdidos en el infinito, centenares de puntos luminosos. El silencio y la noche eran propicios al amor de Antoñita, amor tranquilo, con un poquitín de ensueño, de sencilla poesía. Su charla era entrecortada, casi un mutismo apenas interrumpido por monosílabos y palabras.

Detuviéronse ante el farol. Ella, con la cabeza baja, respondía á las frases de su novio, quien aun estaba

alegre, recordando las chiquillerías de Lena. Pero Linares calló. Con la punta de los dedos hubo de levantar el rostro de la muchacha, en el que se pintaba leve sufrimiento.

—¿Qué tienes, Antoñita? ¿Estás triste?

No respondió. El mozo la miraba: su cara bañábase en luz inquieta; los ojos aparecían anublados por las lágrimas. Tornó á interrogarla con insistencia, sin comprender aquella angustia, hasta que Antoñita, con voz entrecortada, hubo de contarle lo sucedido. Lena no quería trabajar, rechazaba todo lo que podía servir de base á un futuro honrado y dichoso. ¿Y por qué? Porque era cursi, indigno de una señorita decente, como si la decencia residiese en la pereza y en el deseo de boato.

—Y ya lo has observado tú, Eugenio. Ahora mismo había echado ya en olvido ese asunto; reía como si tal cosa.

—¿Y por eso te afliges, tonta? Lena es una chiquilla incapaz de tales seriedades; no nació para el trabajo. Déjala, déjala; al cabo todas encuentran acomodo en el mundo.

No comprendía la obstinación de su novia. Lena era para él la muchacha guapa, de picaresca travesura, de atrevida mirada y provocativos andares. No acertó nunca á ver en ella á la mocetona de casa, laboriosa y dulce, enamorada de la faena y cuidadosa de la hacienda. Lena era Lena; jamás sería Antoñita. Y Linares no se dió cuenta de que sus palabras de aquel instante obedecían á un impulso interno, al deseo de guardar á la chiquilla para sí, de tenerla en el hogar de su novia, en donde todo adquiría un extraño regocijo en cuanto le animaba el reir de Lena.

—Hasta tú, hasta tú piensas como ellos. Yo no sé, Eugenio; pero ó nadie me comprende, ó el que me comprende finge lo contrario. Es muy cruel...

Lloró. Su llanto no alteraba el mutismo de la noche; era tan callado, tan tranquilo como ella. Linares le cogió las manos y á punto estuvo de besarla en la frente.

—Pero Antoñita...

—Todos dicen lo que tú; sin embargo, no lo creo, porque me parece adivinar algo muy triste...

Y su acento al revelar el presentimiento que la torturaba, tenía una profunda melancolía. Miraba de cara al porvenir: veía á Alberto perdido; á su pobre madre, anciana y sin fuerzas, arrastrando su vejez por los templos; el hogar vacío, convertido en ruinas, desolado. La única manera de evitar la catástrofe era encaminar á la chiquilla por la buena senda; la salvación estaba en ella. Y Linares, al enterarse de estos pensamientos, que le confiara con mil reticencias Antoñita, sonrió incrédulo:

—¿Pero no estás tú aquí para remediarlo todo?

La muchacha hizo un gesto de desesperanza. ¿Ella? ¿De qué servía? ¿Acaso sabía que viviría siempre? Y entonces, en voz baja, un murmullo que brotaba débilmente, le dijo al oído un secreto que había callado hasta aquella noche:

—Es que tú ignoras que quizá moriré joven... Aunque nadie me lo ha dicho, yo me creo condenada. ¿Sabes? Mi padre y mi abuela padecieron del corazón...

Pareció como que un soplo trágico turbaba por primera vez la plácida dulzura de sus amoríos. Era la muerte que pasaba. Y los dos, callados, inmóviles, bajo la claridad indecisa, cerraron los ojos. En lo alto, la noche lucía, iluminada por los vagos fulgores de los astros, y empezaba á soplar el airecillo de la mañana, que movía las hojas. Linares sonrió al fin, cogió los brazos delgaduchos de Antoñita y le dijo, con acento que en vano pretendía disimular el miedo:

—¿Enferma tú, Antoñita? ¿Pero quién te ha contado esas cosas? Si estás mejor que nunca, mujer: fresca, llena de salud y de vida.

La muchacha movió la cabeza. Y no dijo nada: se limitó á mirarle largamente, con una mirada dolorosa. Y hasta entonces Eugenio se dió cuenta de lo que había observado: Antoñita estaba más pálida que antes; sus ojos aparecían rodeados de amplias ojeras; sus labios habían perdido lo que meses hacía tuvieran de semejanza con las rosas. Era el declinar lento, la fatiga abrumando aquel pobre ser del cual no conocía el drama, el

drama torturador y angustioso, la tremenda lucha por la vida emprendida para librar del abismo á la turba de parásitos que la rodeaban, por aquella niña tan endeble, tan indefensa. Y comprendió que estaba paliducha y desmedrada; mas su penetración mediocre no pudo adivinar tras de aquel rostro lívido, tras de aquel cuerpecito que se inclinaba, las noches pasadas en claro, los días que transcurrían monótonos, eternamente iguales, ante el trepidar de la máquina; las privaciones sin cuento; los sufrimientos; la existencia toda de Antoñita, alumbrada apenas por un rayo de amor en la noche sombría. El insistió en lo que afirmara, á pesar de todo, con el mudo egoísmo de la gente feliz que no gusta de ver en torno negruras que la amarguen.

¡Antoñita estaba buena! ¿A qué venían las tonterías de enfermedades hereditarias? No tenían razón de ser tales preocupaciones, máxime cuando quizás en tiempo cercano se casarían y serían uno de otro, y se consagrarían por entero á su amor.

Con gesto amable habló del porvenir, de los ensueños que en sus días de pobreza le preocupaban tanto, y de los cuales apenas si se acordaba hoy, entregado á su diaria labor, á sus placeres de empleadillo, al cultivo de aquel noviazgo que era, en realidad, motivo de solaz antes que de preocupación seria. Serían esposos, sí: tendrían su casita muy pequeña y muy hermosa, con muebles y flores del gusto de ella; tendrían su nido.

—¿Quieres, monona? ¿Verdad que te agradaría?

La moza no contestó. Una sonrisa la animaba; pero era la suya una sonrisa que nada decía. Por lo mismo, el chico hubo de repetir sus palabras.

—¡Cómo no! Me agradaría mucho—repuso, apretándole las manos, sin que la tristeza de su rostro se desvaneciera.

Linares rió, ya contento, ya libre de las trabas odiosas del dolor. Lanzado á una charla pueril, le contó sus proyectos, le habló de sus amigos, de sus paseos. La notaría marchaba perfectamente; Conti formaba proyectos periodísticos, á los que pensaba asociarle; Urizar, por el contrario, en nada creía. Y en su charla insubs-

tancial advertíase el deseo inconsciente de disipar de su alma, refractaria á la pena, toda sombra de amargura, de apartar á su novia de la tristeza, de tornarla alegre, para hacerla más deseable.

Bañóse el Oriente en los vagos resplandores del amanecer. Una pincelada larga de lila rosa se destacó del azul, más allá de la ciudad dormida, en tanto que en el espacio brillaban todavía las estrellas con fulgor tenue.

—¡Caramba! Amanece ya. Mañana no me levanto, de seguro, niña mía.

Y cogió las manos de su novia, despidiéndose. Al advertir que Antoñita continuaba con la frente inclinada, dijo:

—Adiós, chiquilla. Y que no te entristezcas más, ¿eh? Todo tiene remedio en este mundo, que si no lo tuviera, estaríamos lucidos...

Y se alejó riendo. La muchacha escuchó el resonar de sus pasos en la estrecha escalera, cada vez más amortiguados por la distancia. Al fin, dejó de oirlos, hasta que de nuevo los percibió abajo, en el embaldosado del patio. El chirriar de la puerta del cuarto de su prometido llegó hasta ella. Después, el silencio volvió á reinar, interrumpido por el gotear de la fuente y los rumores débiles del alba. No se movía de allí. Una obsesión apoderábase de su mente, y pálida, como adormecida, estrujaba en sus manos el pañuelo. Al cabo se fué, camino de la casa, deteniéndose á cada instante.

La luz de la lamparilla habíase consumido; en el comedor penetraba la claridad indecisa de la aurora. Echó el cerrojo. Avanzando en la obscuridad, sentóse, reclinándose sobre la mesa, sin ruido, cual si no quisiera turbar el sueño de los otros. Sentía una angustia que le oprimía el pecho, algo que se anudaba en su garganta, sofocándola. Y llevándose las manos á los ojos, lloró.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

La casa de las Ruiz, aplastada, hundida en un rincón del patio, permanecía como aprisionada en invencible somnolencia. Al pasar delante de la puerta, percibíase un olor de abandono y de ruina. Reinaba allí la sombra. Los raudales de sol que bañaban de la mañana á la tarde las vivienditas de al lado, cubriendo con una caricia larga, suave, luminosa, los muros carcomidos por la humedad, apenas si se deslizaban hasta la ventana de Clara, á eso de las once, despertando á la moza de su turbado sueño. A través de los cristales empañados, donde las arañas laboraban, nada se veía; los maderos, entornados siempre, no dejaban pasar ni un rumor de vida. Semejaba aquélla la morada de la soledad y del silencio, impasible ante el bullir de la existencia, sorda á los murmullos del caserón colonial, que resonaban á toda hora.

Los vecinos se interrogaban, extrañados del caso. Los hombres, empleadillos en su mayoría, cuando se encaminaban á la oficina, presurosos, mascullando aún los últimos bocados del desayuno, fijábanse en la vivienda de la *cómica,* intentando en vano penetrar el misterio de la juventud exuberante, bella, que se encerraba allí, tras de las paredes sombrías. Las mujeres, sobre todo, se apasionaban. Desde el amanecer no cesaban las preguntas y discusiones. Las criaditas, con el rebozo liado á la cabeza, las faldas recogidas, mostrando los tobillos, de dudosa blancura, acercábanse á la fuente, dejaban las cubas en el brocal, y poniéndose en jarras, se entretenían en charlar de lo lindo, siendo el tema obligado el de «qué pensaría la tiplecilla aquella».